

# César Vallejo y la educación

## César Vallejo and education

Eduardo Paz Esquerre<sup>1</sup>

### RESUMEN

El importante tema de la educación está presente, de una u otra manera, en la vida y obra de César Vallejo, el gran poeta peruano, ya sea como práctica de vida o como contenido temático de sus escritos.

Vallejo no dedicó intencionalmente a la educación una reflexión integral y totalizadora, pero sí pensó el tema y podemos acercarnos a ese pensamiento a través de las referencias que se encuentran diseminadas en su producción literaria, especialmente en los textos que conforman sus crónicas y artículos periodísticos, constantemente iluminados por inquietudes cognoscitivas sobre los más variados asuntos.

El tema de Vallejo y la Educación lo desarrollamos desde tres perspectivas: Vallejo como educando, Vallejo como educador y Vallejo como pensador sobre educación y cultura.

---

1 Maestro en Educación con mención en Pedagogía Universitaria. Licenciado en Educación, especialidad Letras y Humanidades. Licenciado en Periodismo. Estudios concluidos de Doctorado en Educación. Docente del Departamento de Humanidades, jefe de la Oficina del Fondo Editorial y editor jefe de la revista *Pueblo Continente* de la Universidad Privada Antenor Orrego.

## I. VALLEJO COMO EDUCANDO

No hay información de referencia sobre los estudios primarios realizados por César Vallejo. Sólo se sabe que los inició a los ocho años de edad en la Escuela Municipal de Santiago de Chuco, figurando al año siguiente, 1901, como alumno del Centro escolar N° 271 de esa ciudad, matriculado ya en el segundo año de primaria.

Los estudios de educación secundaria, que entonces duraban cuatro años, los realiza en el Colegio Nacional "San Nicolás" de Huamachuco. Exhibe, desde el primer año, un rendimiento sobresaliente que lo muestran como un educando aplicado, con grandes capacidades para aprender y asimilar, característica que se mantendrá no sólo durante su vida de estudiante de educación secundaria, sino también como estudiante universitario y como permanente estudiante autodidacta en la vida misma. Con información de actualidad, documentación y análisis, interpretación y crítica propios, dotado de una gran cultura, abordó solventemente, en su obra periodística de opinión, los más destacados asuntos de su época.

Según el Certificado Oficial de Estudios expedido por este centro educativo, de los 36 cursos que llevó en secundaria en 15 obtuvo veinte de nota; en 6, diecinueve; en uno, dieciocho; en 9, diecisiete; y en cinco, dieciséis, que fue su más baja nota. Destaquemos dos cursos que tienen estrecha relación con su vocación literaria y su estadía en Europa. En el curso de Gramática Castellana, tanto en el llevado en 1905 como en el llevado en 1906, correspondientes a primero y segundo año, obtuvo la nota de veinte, por lo que fue distinguido como el mejor alumno en Gramática Castellana. Y en el curso de Idioma Extranjero (que era el francés), obtuvo, en el primer año, la nota de 19; en el segundo año, la nota 20; y en el cuarto año, la nota 19. Podemos concluir entonces que, cuando se fue del Perú a Francia en 1923, Vallejo ya poseía ciertos conocimientos del francés.

Como estudiante de la Universidad Nacional de Trujillo, en el primer año de Letras, cursado en 1913, se muestra como un estudiante excepcional: ganó casi todos los premios por materias, obteniendo por ello, en la ceremonia de clausura del año académico, los diplomas correspondientes y un libro por cada materia en la que había destacado. En el segundo año de Letras, cursado en 1914, Vallejo ganó esta vez todos los premios por materias. También obtuvo un Premio Mayor, la CONTENTA, que le fue otorgado por haber obtenido el Grado de Bachiller en Filosofía y Letras, con el calificativo

de sobresaliente. La Contenta consistía en la exoneración de pago de derechos de graduación, diploma y el timbre fiscal que iba adherido a él.

Vallejo inició seguidamente estudios en la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad Nacional de Trujillo. En los tres primeros años de sus estudios de Derecho, cursados en 1915, 1916 y 1917, sus calificativos oscilan entre 18 y 17 de nota, siendo más del 50 % de las notas la nota de 18. Vallejo no llegaría a ser el abogado que alguna vez pensara ser. Diversas circunstancias cambiaron su programa de vida.

Sus habilidades de estudiante se manifestaron sólo en los cursos universitarios que llevó. Fue más allá. Fue también un estudiante autodidacta que buscó ampliar el saber universitario en el vasto saber del mundo, especialmente en las últimas novedades bibliográficas que los profesores universitarios de su tiempo no tenían en cuenta o no leían, estacionados en viejas bibliografías.

¿Quién es un buen estudiante? Al respecto Calero (1991:11) escribe: *"si estudias menos de lo que te enseñan eres un mal estudiante, si estudias sólo lo que te enseñan eres un estudiante mediocre, si estudias más de lo que te enseñan eres un buen estudiante"*. Vallejo era de estos últimos, como lo eran casi todos sus amigos de generación, integrantes del Grupo "Norte", jóvenes intelectuales integrados alrededor de Antenor Orrego y José Eulogio Garrido. Un grupo que aprendía más de lo que le enseñaban oficialmente, formalmente, en la universidad, pues supo autoeducarse.

*"Todos éramos catecúmenos y maestros – cuenta Antenor Orrego en el prólogo de La Nave Dorada, libro de poemas de Alcides Spelucín (1926)– y, a la vez que aprendíamos de los otros, dábamos también sin reserva de lo nuestro"* (Orrego, 1926: 18).

Las reuniones en las salas de redacción donde algunos de ellos trabajaban, así como veladas y paseos fueron las aulas vivas de esta formación.

*"En estas veladas, como he dicho, se generaba una intensa espiritualidad –sigue diciendo Orrego–. Vivíamos una vida mental realmente noble y superior. Mentes lúcidas y curiosas todas, cada una aportaba un alcance y una luz nuevos. Así nos reeducamos y nos adueñamos de disciplinas espirituales que la escuela y la universidad no nos supieron dar. Así se explica que sin cultura previa y sin maestros, pudiéramos vivir al día con el pensamiento contemporáneo más avanzado"* (Orrego, 1926: 18).

## II. VALLEJO COMO EDUCADOR

Después de terminar como estudiante aprovechado la secundaria en 1908, se sabe que trabajó como profesor en Huánuco en 1911. Entre los años que duraron sus estudios en la Universidad Nacional de Trujillo (de 1913 a 1917), trabajó como maestro primario en el Centro Viejo, escuela ubicada en la Plaza de Armas de Trujillo, y en el Colegio Nacional de San Juan. Posteriormente también trabajó como docente en Lima.

¿Cómo era la actuación de Vallejo como docente? De esta experiencia como docente primario sólo hay un testimonio importante de alguien también importante que vivió la experiencia de ser su alumno. Ese alumno fue Ciro Alegría. En un largo artículo titulado El César Vallejo que yo conocí, publicado en Letras Peruanas N° 8, Revista de Humanidades, Lima, octubre de 1952, Alegría cuenta cómo en 1917, a la edad de siete años es enviado a Trujillo por sus padres, desde la hacienda Marcabal Grande en la andina provincia de Huamachuco, para cursar sus estudios primarios en el Colegio Nacional de San Juan, en donde todos los hombres de la familia Alegría se habían educado.

Matriculado en el primer año, el profesor que habría de enseñarle era César Vallejo. Alegría describe así a su profesor:

*"Bajo la abundante melena negra, su faz mostraba líneas duras y definidas. La nariz era enérgica y el mentón, más enérgico todavía, sobresalía en la parte inferior como una quilla. Sus ojos oscuros -no recuerdo si eran grises o negros- brillaban como si hubiera lágrimas en ellos. Su traje era uno viejo y luído y, cerrando la abertura del cuello blando, una pequeña corbata de lazo estaba anudada con descuido" (Alegría, 1952: 44).*

Veamos cómo enseñaba Vallejo, según el testimonio de Alegría:

*"César Vallejo nos enseñaba rudimentos de historia, geografía, religión, matemáticas y a leer y escribir. También trataba de enseñarnos a cantar, pero nosotros lo hacíamos mejor que él, pues tenía muy mala voz. En cuanto a marchar no se preocupaba de que lo hiciéramos bien, cosa en que ponían gran empeño con sus discípulos los maestros de grados superiores. Cuando los alumnos del colegio pasábamos en formación por las calles, yendo al campo de paseo o en los desfiles del 28 de julio, los del primer año de primaria, con nuestro melenudo profesor a la cabeza, no marcábamos regularmente el paso y éramos una tropilla bastante desgarbada. Oíamos que la gente estacionada en las cercas murmuraba viendo al profesor: ¡Ahí va Vallejo!, ¡Ahí va Vallejo!."*

*"Algo que le complacía mucho era hacernos contar historias, hablar de las cosas triviales que veíamos cada día. He pensado después en que sin duda encontraba deleite en ver la vida a través de la mirada limpia de los niños y sorprendía fuentes de poesía en su lenguaje lleno de impensadas metáforas. Tal vez trataba también de despertar nuestras aptitudes de observación y creación. Lo cierto es que, frecuentemente, nos decía "vamos a conversar". Cierta vez, se interesó grandemente en el relato que yo hice acerca de las aves de corral de mi casa. Me tuvo toda la hora contando cómo se peleaban el pavo y el gallo, la forma en que la pata nadaba con sus crías en el pozo y cosas así. Cuando me callaba ahí estaba él con una pregunta acuciante. Sonreía mirándome con sus ojos brillantes y daba golpecitos con la yema de los dedos, sobre la mesa. Cuando la campana sonó anunciando el recreo, me dijo: 'has contado bien'. Sospecho que ese fue mi primer éxito literario.*

*"No siempre le producían placer nuestros relatos. Un día, llamó a un muchachito que era decididamente tardo. El pequeño, quizá más trabado por el mal talante que traía nuestro profesor -tenía la boca y el entrecejo fieramente fruncido-, no pudo decir casi nada, repitió varias veces la misma frase y de repente se calló.*

*"Siéntese", le ordenó con cierta despectiva rudeza. El chiquillo se fue a su banco y, cruzando los brazos metió entre ellos la cabeza y se puso a llorar ahogadamente. Vallejo se incorporó estremecido y fue hasta el pequeño. Estrechándole las manos lo llevó hasta su mesa, donde le acarició la cabeza y las mejillas hasta calmarlo. Sacó su gran pañuelo para enjugar las lágrimas que brillaban aún sobre la carita trigueña y luego se quedó mirándolo largamente. Sin duda en la desconsolada angustia del narrador frustrado, sintió esa que a él mismo solía oprimirlo muchas veces y ha aludido en sus versos. Cuando recuerdo aquella ocasión, me parece verlo arrodillado con la mirada sufriendo por el niño y él y todos los hombres" (Alegría, 1952: 45).*

De este testimonio podemos apreciar que Vallejo, en su oficio docente, propiciaba la participación activa del alumno y estimulaba, como lo reconoce Alegría, el desarrollo en ellos de las aptitudes de observación y creación a través de las intervenciones orales y de diálogos constantes.

Es evidente, por otro lado, que la experiencia docente de Vallejo con alumnos de primer año de primaria, el observar las emociones de estos pequeños alumnos e interactuar con ellos, le sirvió de base para escribir su conocido cuento Paco Yunque, cuya conmovedora trama se desarrolla precisamente entre niños de primer año de primaria.

### III. VALLEJO COMO PENSADOR SOBRE EDUCACIÓN Y CULTURA

Son pocos los artículos o pasajes de sus artículos en los que Vallejo se ocupa del tema Educación.

En el artículo *El espíritu universitario*, publicado en la revista *Variedades*, Lima, octubre de 1927, se refiere específicamente a la educación universitaria en América. Empieza, previamente, destacando la dependencia cultural de América respecto a Europa:

*"Todos estamos de acuerdo en que América vive culturalmente de Europa como prestataria o depositaria de las formas occidentales en política, en arte, en religión, en idioma. Y aunque no todos estamos de acuerdo en que tales formas dominarán en el porvenir de América, nadie puede negar, por ahora, que el nuevo continente sigue cada vez más cerca y al pie de la letra los pasos del espíritu europeo" [...].*

*"En Europa, la universidad, por ejemplo, es dentro del ideal democrático, un factor de orden y orientación, una disciplina de método y razón. Por mucho que Jaurés quería convertir a la universidad en exclusivo foco de debates revolucionarios y centro de todos los liberalismos, el espíritu universitario ha sido y continuará siendo, sobre todo, un hogar de serenidad espiritual -que no hay que confundir con el anquilosamiento- y un austero laboratorio de alta creación. En América, por el contrario, la Universidad ha descendido de su rol creador a la barricada lugareña y capitulera con todas sus rutinas, sus personalismos de charol y sus mesianismos de segunda mano. En Europa la Universidad crea silenciosamente, dejando el papel divulgador a otros factores sociales. En América la Universidad tiende a reducirse a la ya famosa extensión universitaria o universidad popular, cuando ella no se circunscribe a la repetición en familia de la cultura europea. De allí que, mientras que de la Universidad europea salen la ciencia, la filosofía y todos los principios ideales y vivientes que rigen la existencia y el desarrollo del espíritu humano, de la Universidad latinoamericana no salen más que divulgadores. La Universidad en América no crea filosofías, ni ideales políticos ni corrientes científicas. Ella vive de las migajas ideológicas de Europa y todo su papel se reduce a repetirlas al alumnado de dentro o fuera de los claustros" (Puccinelli, 1987: 236-237).*

Cuanto de intelectual ha producido América después de la colonización española, señala Vallejo, no ofrece más que un muy mediocre interés para Europa; se diferencia poco o casi nada

de la producción exclusivamente española. Sin embargo, considera que sí es posible ser original. Así lo afirma en el artículo titulado *Una gran reunión latinoamericana*, publicado en *Variedades*, Lima, en marzo de 1927:

*"La versión que hay que hacer es de las obras rigurosamente indoamericanas y precolombinas. Es allí donde los europeos podrán hallar algún interés intelectual, un interés, por cierto, mil veces más grande que el que puede ofrecer nuestro pensamiento hispano-americano. El folklore de América, en los aztecas como en los incas, posee inesperadas luces de revelación para la cultura europea. En artes plásticas, en medicina, en literatura, en ciencias sociales, en lingüística, en ciencias físicas y naturales, se puede verter inusitadas sugerencias, del todo distintas al espíritu europeo. En esas obras autóctonas, sí que tenemos personalidad y soberanía y, para traducirlas y hacerlas conocer, no necesitamos de jefes morales ni de patronos (...). Porque no debemos olvidar que, a lo largo del proceso hispano-americanizante de nuestro pensamiento, palpita y vive y corre, de manera intermitente pero indestructible, el hilo de sangre indígena, como cifra dominante de nuestro porvenir" (Ballón, 1987: 90).*

En lo que podríamos calificar de planteamientos para una educación para el arte y entenderse también como planteamientos para una educación del artista, de la sensibilidad artística, especialmente latinoamericana, Vallejo plantea ciertas ideas dignas de revisar. En el artículo *Los escollos de siempre*, publicado en *Variedades*, Lima, en octubre de 1927, dice lo siguiente:

*"Muchos artistas tratan de hacer arte indígena, poniendo en juego sensibilidad indígena y los hay que tratan de hacerlo poniendo en juego sensibilidad advenediza. La meta es idéntica y común a todos ellos. Lo que los diferencia es la sensibilidad que en estos casos es la que determina el logro o fracaso de esa meta. La historia atestigua que quienes han pretendido realizar obra indígena, poniendo en juego sensibilidad extranjera, han fracasado siempre. El fin o ideal es aquí lo de menos. Lo que importa y manda en estas empresas es la sensibilidad.*

*"Un arte, a base de sensibilidad indígena, así se busque en él fines cosmopolitas, se trate de temas extranjeros y se emplee materiales estéticos igualmente advenedizos, frutece, por fuerza, en obra y emoción genuinamente aborígenes (...). Rodó dijo de Rubén Darío que no era poeta de América, sin duda, porque Darío no prefirió como Chocano y otros,*

el tema, los materiales artísticos y el propósito deliberadamente americanos en su poesía. Rodó olvidaba que, para ser poeta de América, le bastaba a Darío la sensibilidad americana, cuya autenticidad, a través del cosmopolitismo y universalidad de su obra, es evidente y nadie puede poner en duda" (Ballón, 1987: 116).

Por otro lado, Vallejo rechaza cualquier tipo de consigna política a la que cualquier artista de América pueda someter su quehacer creativo. En el artículo Literatura proletaria, publicado en Mundial, Lima, en setiembre de 1928, puntualiza su posición:

*"Cuando Haya de la Torre me subraya la necesidad de que los artistas ayuden con sus obras a la propaganda revolucionaria de América, le repito que, en mi calidad genérica de hombre, encuentro su exigencia de gran giro político y simpatizo sinceramente con ella, pero en mi calidad de artista, no acepto ninguna consigna o propósito, propio o extraño, que aún respaldándose de la mejor buena intención, someta mi libertad estética al servicio de tal o cual propaganda política. Una cosa es mi conducta política de artista, aunque, en el fondo, ambas marchan siempre de acuerdo, así no lo parezca a la simple vista. Como hombre, puedo simpatizar y trabajar por la Revolución pero, como artista, no está en manos de nadie ni en las mías propias, el controlar los alcances políticos que pueden ocultarse en mis poemas"* (Ballón, 1987: 128).

En el artículo Los artistas ante la política, publicado en diciembre de 1927, en Mundial, Lima, Vallejo subraya que *"...el arte no es un medio de propaganda política, sino el resorte supremo de creación política"* (Ballón, 1987: 120).

Sin embargo, en Ejecutoria del arte socialista, publicado en Variedades, Lima, en octubre de 1928, aclara sobre lo que él entiende es una estética socialista y su relación con la política:

*"...la estética socialista no debe reducirse a los temas, al sentido político ni a los recursos metafóricos del poema. No se reduce a introducir palabras a la moda sobre economía, dialéctica o derecho marxista. No se reduce a tejer ideas renovadoras ni requisitorias sociales de factura u origen comunista. No se reduce a adjetivar los hechos y cosas del espíritu y de la naturaleza con epítetos traídos por los cabellos, de la revolución proletaria. La estética socialista debe arrancar únicamente de una sensibilidad honda y tácitamente socialista. La estética revolucionaria, aunque no esté en los motivos, en las palabras ni*

*en la tendencia moral o política del poema. Sólo un hombre sanguíneamente socialista, aquel cuya conducta pública y privada, cuya manera de ver una estrella, de comprender la rotación de un carro, de sentir un dolor, de hacer una operación aritmética, de amar a una mujer y de levantar una piedra, de callar o de llevar una migaja a la boca de un transeúnte, son orgánicamente socialistas, sólo ese puede crear un poema auténticamente socialista. Sólo ése creará un poema socialista, en el que no trate de servir a un interés de partido o a una contingencia política de la historia, sino en el que viva una vida personal y cotidianamente socialista. (Digo personal y no individual). En el poeta socialista, el poema socialista deja de ser un trance externo, provocado y pasajero de militante de un credo político, para convertirse en una función natural, permanente y simplemente humana de la sensibilidad. El poeta socialista no ha de ser tal solamente en el momento de escribir un poema, sino en todos sus actos, grandes y pequeños, internos y visibles, conscientes y subconscientes y hasta cuando duerme y cuando se equivoca o se traiciona.*

*"Esta y no otra es la ejecutoria de un artista socialista, que la sepan los desorientados colonos de Moscú en América"* (Ballón, 1987: 132-133).

Hay dos textos más en los cuales Vallejo reflexiona sobre la relación entre el arte y la vida. En el artículo Salón de otoño, publicado en el diario El Norte de Trujillo, en marzo de 1924, escribirá: *"El fin del arte es elevar la vida, acentuando su naturaleza de eterno borrador. El arte descubre caminos, nunca metas"* (Puccinelli, 1987: 17). Y en su artículo La defensa de la vida, publicado en El Norte de Trujillo, en noviembre de 1926, destaca la primacía de la vida sobre el arte: *"Yo no puedo consentir que la Sinfonía Pastoral valga más que mi pequeño sobrino de 5 años llamado Helí. Yo no puedo tolerar que Los hermanos Karamazof valgan más que el portero de mi casa, viejo, pobre y bruto. Yo no puedo tolerar que los arlequines de Picasso valgan más que el dedo meñique del más malvado de los criminales de la tierra. Antes que el arte la vida. Esto debe repetirse hoy mejor que jamás, hoy que los escritores, músicos y pintores se las arreglan para evadir la vida a todo trance"* (Puccinelli, 1987: 159).

Por otro lado, en el artículo El espíritu polémico, publicado en Mundial, Lima, en noviembre de 1928, Vallejo reflexiona sobre las características del hombre nuevo dentro del desarrollo histórico mundial y americano de su tiempo, expresión de un trasfondo cultural y educativo:

"El hombre verdaderamente nuevo está adquiriendo una conciencia rigurosa de la capacidad creadora y libre de su voluntad, junto con un austero sentimiento de la responsabilidad humana ante la historia. De esta suma injerencia del hombre en la creación de la historia –que él no concibe fuera de los resortes libres de su voluntad– está proscrito todo fatalismo y todo determinismo" [...].

"La facultad de discernir los malos elementos y torcidos manejos de una sociedad o de un movimiento de la historia, concuerda, pues, con el nuevo sentimiento de la vida. Es menester un control objetivo de las actividades ambientales y un franco espíritu polémico. Es necesario señalar lo que no anda derecho, porque esta falta de derecho puede influir nocivamente en la creación del porvenir. No se trata de una crítica de la historia pasada, sino de un control, de reacción viviente e inmediata, sobre la realidad y los hechos actuales.

"Tal es la explicación de las impugnaciones que me parece urgente y necesario hacer a los movimientos juveniles de América. He atacado y atacaré a los impostores de la revolución, a los inconscientes, a los farsantes, a los atolondrados, a los egoístas, a los retrógrados con máscara vanguardista, a los que comen y beben de un régimen y estado de cosas que ellos hacen gala en injuriar con fáciles chismes de politiqueros circunstanciales. He atacado y atacaré al mal espíritu, aunque se sientan heridos los cuerpos inferiores. Lo que en verdad sea puro, grande y esencialmente revolucionario en América, queda y quedará de pie, indemne de todo debate y de toda represalia. Yo tiro sobre lo que es susceptible de caer" (Ballón, 1987: 135-136).

En el artículo El pensamiento revolucionario, publicado en Mundial, Lima, en mayo de 1929, escribe:

"En primer lugar, necesitamos recordar a las inteligencias jóvenes de América, a las que de preferencia nos dirigimos, que el pensamiento es una función finalista del espíritu. Nada se piensa ni se concibe, sino en aventura, espontánea y activa, de mejorar la vida, satisfaciendo, en creciente medida, nuestras necesidades. Hasta cuando creemos ejercer el pensamiento, de manera pura y desinteresada, no hacemos sino buscar, inconscientemente, los medios de servir a nuestras necesidades e intereses [...].

"Los filósofos –dice Marx– no han hecho hasta ahora sino interpretar el mundo de diversas maneras. De lo que se trata es de transformarlo. Lo mismo puede decirse de los intelectuales y artistas. La función finalista del pensamiento sirve, en este caso, los intereses de mera conservación de las formas vigentes de la vida, cuando debía

servir para transformarlas. ¿Cuáles son las leyes que determinan y exigen esta acción intelectual transformadora y no ya simplemente interpretativa de la vida? Estas leyes se desprenden de la sicología biológica de Darwin, que destruye las pretensiones metafísicas del pensamiento humano; de la lógica marxista, sintetizada en las palabras de Marx relativas a la acción transformadora del pensamiento sobre el mundo y, por último, de la sicología clínica de Freud, que se basa en la teoría según la cual los pensamientos de más aparente desinterés, son los medios disfrazados que nos ayudan a buscar la realización de nuestros fines conscientes" (Ballón, 1987: 167-168).

Finalizamos este breve recuento de la vida de Vallejo y la educación, repitiendo el consejo que da a los lectores de su artículo El espíritu universitario, que data de 1927, ya antes referido, consejo válido como estrategia educativa permanente para los hombres y mujeres de todos los tiempos:

"Aprendamos en primer lugar, a estudiar y comprender y luego asimilar. Lo demás vendrá por sí solo" (Puccinelli, 1987: 237).

Es decir, el secreto para ser un buen estudiante, un buen profesional, no está en los conocimientos de determinada materia –en constante desarrollo, cambio o mutación, propios de la era del conocimiento en que nos encontramos–, sino en aprender a estudiar y comprender. Se trata de aprender a aprender. Una idea sobre la que muchos educadores de hoy están poniendo énfasis.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Alegría, Ciro (1952) El César Vallejo que yo conocí. Lima, Letras Peruanas N° 8, Revista de Humanidades, octubre 1952.
2. –BALLÓN Aguirre, Enrique –recopilador– (1987). César Vallejo, la cultura peruana (crónicas). Lima: Mosca Azul Editores.
3. –CALERO Pérez, Mavilo (1991). Técnicas de estudio e investigación. Lima: Azul Editores.
4. –PUCCINELLI, Jorge –recopilador– (1987). César Vallejo. Desde Europa. Crónicas y artículos (1923 – 1938). Lima: Ediciones Fuente de Cultura Peruana.
5. ORREGO, Antenor (1926). Palabras prologales. EN: Alcides Spelucín, "El libro de la nave dorada", 1926. Trujillo, Editorial "El Norte".

# El paraíso en la otra esquina

Domingo Varas Loli



*El pintor Ángel Quispe revela el origen de su vocación, hace un recuento de su trayectoria y vislumbra el futuro de su pasión por las artes plásticas.*

"Tuve una mamá soñadora y un papá realista", dice Ángel Arístides Quispe Gonzáles, pintor, docente de ciencias naturales, médico veterinario, profesor de apreciación artística, estudiante de Derecho cuando evoca sus años infantiles que transcurrieron en un bucólico paraje de Cajamarca. Había nacido en Andahuaylas en 1960 por accidente. Su padre era policía y estaba destacado en esa ciudad. Fue una estadía fugaz, a los tres meses su familia retornó a Cajamarca donde el pequeño Ángel transcurrió su primera infancia.

En el viaje de retorno cruzó el Ticlio, una de las abras de los Andes peruanos más altas del mundo, donde hace un frío inhumano. Unos años después su padre le dijo que si había logrado sobrevivir esta experiencia nada lo mataría. Y movido por esta convicción desde entonces perdió el miedo a emprender desafíos, como si tratara de superarse a sí mismo planteándose récords cada vez más exigentes.

Vivió en una casa enclavada en medio de la naturaleza, sin fronteras ni límites preestablecidos. Solo había una puerta de entrada, la cual un amplio patio colindaba con un extenso prado y un río que discurría con sus aguas mansas y cristalinas. Allí, en ese paraje edénico, jugaba con sus amigos. "Quizá a eso se deba que no tengo límites en mis deseos. Para mí no hay nada imposible", trata de autoexplicarse un rasgo distintivo de su carácter. Se autodefine como polifacético.

Su espíritu inquieto y libre no ha mermado incluso ahora que tiene 59 años y cuenta con humor cómo le gritan los pasajeros de los micros y autobuses cuando muestra su carné universitario para pagar medio pasaje. Actualmente cursa el decimosegundo ciclo de la carrera de Derecho y Ciencias Políticas en la UPAO. Y cuando se le pregunta si allí pondría fin a su vida universitaria, afirma categórico que no: "Después quiero estudiar mi doctorado en Derecho".

Resulta difícil descubrir una vocación única en Ángel Quispe. Su curiosidad no tiene fronteras. Parece un hombre del renacimiento como su admirado Miguel Ángel, al que llama cada vez más exaltado "la luz, lo mejor de lo mejor, un dios". Así como los marineros suelen guiarse por una estrella lejana que jamás van a alcanzar, Miguel Ángel -uno de los más grandes artistas de la historia tanto por sus esculturas como por sus pinturas y obra arquitectónica -es el máximo referente que ilumina su itinerario existencial y artístico. Lo descubrió cuando tenía quince años y desde entonces se apoderó de él una curiosidad universal, el afán imposible de saberlo y conocerlo todo.

Desde muy joven se sintió atraído por diversos quehaceres. Entre todos ellos la pintura se ha mantenido incólume. Ha dejado atrás la medicina veterinaria, la enseñanza de las ciencias naturales, pero no la docencia de las artes visuales y el ejercicio de la pintura.

Comenzó a pintar desde muy temprano. No tiene un recuerdo fijo solo la sensación de pena que sintió un día que no pudo ir a un paseo campestre con sus condiscípulos del colegio. Esa pena fue más intensa cuando se enteró que ese día sus compañeros se habían dedicado a pintar los bellos paisajes y el cielo de Cajamarca. Ya por entonces sentía las ganas incontenibles de atrapar los colores y sus matices fascinantes de los sembríos de papas, cebada y maíz.

"La culpa de mi vocación por la pintura la tiene Cajamarca porque desde entonces, cuando tenía seis o siete años, trataba de capturar los bellos paisajes de esta región. A los matices del color verde le añadía el rojo y conseguía resultados que me impactaban", dice.

La pintura fue su primera vocación, la que bullía con fuerza incontenible entre todas las demás y amenazaba con imponerse con urgencia inaplazable. Recuerda que con el primer sueldo que obtuvo de su primer trabajo como operario de construcción civil compró una caja de óleos. No se ha borrado de su mente la cara adusta, el tono admonitorio, la mirada severa con la que su padre lo reprendió por haber preferido comprar óleos a un par de zapatos. Era un adolescente de diecisiete años decidido a hacer realidad el sueño de dedicarse a la pintura en cuerpo y alma.

"Déjalo tranquilo, que se dé el gusto de comprar sus pinturas", lo defendió su mamá, doña Elvia

Rosa, a quien define como su cómplice. Era una mujer de carácter férreo pero soñadora. Ella fue su guía, maestra y consejera, la que le inculcó que el estudio fuera como un Dios al que rindiera culto permanente. Y a estas alturas de su vida, cuando frisa los sesenta años, ha llegado a la convicción de que seguir estudiando se ha convertido para él en una fuente de la eterna juventud.

Alarmado por la vocación artística porque creía que un artista estaba condenado al fracaso, el padre lo envió a estudiar medicina veterinaria a la Universidad Técnica de Cajamarca. Ángel aceptó, sin chistar, el ucuse paterno. Y aunque terminó sus estudios universitarios y se graduó de médico veterinario, profesión que ejerció durante algún tiempo y ejerce ocasionalmente, no renunció a su pasión por la pintura. Allí se dedicó en sus horas libres a pintar los paisajes que lo cautivaban desde su infancia. Su padre, sin darse cuenta, lo había mandado a la Meca de su vocación.

Cuando tenía 35 años recién pudo ingresar a la Escuela de Bellas Artes Macedonio de la Torre. Era el alumno mayor de la clase. Por esta condición sintió que debía esforzarse mucho más y, azuzado por su sentido de la responsabilidad, llegó a ser el mejor alumno de su promoción. Consciente de que no tiene la capacidad de un autodidacta, recuerda a los maestros que dejaron una impronta en su formación artística durante sus años en la escuela. En la pintura destaca al maestro Víctor Herrera, al pintor Pío Ángel y al escultor Juan Paredes. Las lecciones de anatomía de este último lo inclinaron a la pintura figurativa. Era tan meticuloso en sus enseñanzas que les pedía que modelaran los huesos en plastilina para conocer y dominar la anatomía humana.

Tras egresar de la escuela, donde fue educado bajo el influjo de la concepción pictórica del indigenismo, se liberó con conocimiento de causa de la visión academicista y compuso cuadros de colores cálidos: el color rojo, el azul, el naranja, entre otros que contravenían los cánones estéticos en los que había sido educado. ("Parezco una persona tranquila, pero mi pintura es explosiva. Mis cuadros tienen un color que no existe en la naturaleza. Nunca se ha visto un caballo rojo, pero en mi obra trato de demostrar que la realidad no basta, uno tiene que buscar más allá).

Ángel Quispe no vacila en definir a su pintura de fauvista (de fauves fiera e ismo: movimiento, tendencia o carácter). Sin duda por el uso



provocador del color que llevó al crítico de arte Louis Vauxcelles a denominarlos con este término a un conjunto de obras expuestas en la sala VII de la tercera exposición del Salón de Otoño, en el Gran Palacio de París, en 1905. El fauvismo fue un movimiento de vanguardia que, tratando de subvertir a la herencia pictórica, propugnó volver a la pureza de los recursos.

Durante un tiempo creyó a pie juntillas que el arte figurativo era el modelo ideal de la creación pictórica hasta que durante las bienales de arte plástico, celebradas en Trujillo en las décadas de los años ochenta y noventa, descubrió que la creación no tenía límites. Como sus deseos y vocaciones. No solo se podía hacer una obra con óleos y lápices de colores, sino con cualquier material doméstico, objeto banal o instrumento cotidiano. Incluso el cuerpo del artista podía servir para la expresión artística.

Todavía evoca con nitidez el día en que visitó una de las salas de la bienal de arte y se topó con mangueras, tapas de ollas viejas, cadenas oxidadas que componían un cuadro tridimensional. Ahí se dio cuenta que el arte sobrepasaba los cánones escolásticos que había aprendido. También lo sorprendió la pintura de Fernando de Szyslo, las sombras, el puro color, la atmósfera creada a partir de trazos que representaban una realidad invisible que pugnaba por manifestarse y expresar los misterios de la condición humana.

También fue decisivo en su educación artística durante aquellos años el contacto personal con quienes consideraba sus maestros, entre ellos Víctor Delfín. Y, por supuesto, el maestro Gerardo Chávez que deslumbraba con su universo surrealista y su virtuosismo en el manejo del color.

Para Ángel Quispe, sin embargo, la pintura no es una vocación exclusiva y excluyente, sino que coexiste pacíficamente con otras. ("Todas las disciplinas me sirven, no hago de ellas mi sustento económico"). No siente remordimientos o sentimiento de culpa por no dedicarse de lleno a la pintura. Ha asumido con idéntico fervor la tarea de enseñar a apreciar el arte desde el año 1996.

"El arte es uno solo, lo que pasa es que yo enseño a apreciarlo y otros lo hacen. Es como el catador y el que hace el vino. No he abandonado mi vocación por la pintura".

Ángel siente, por lo demás, que su labor de docente en artes visuales no es inútil porque

contribuye a transformar a las personas, haciéndolas más educadas y más buenas. ("Siempre me ha gustado hacer varias cosas a la vez, por ejemplo cuando estudiaba medicina veterinaria mientras el profesor hablaba yo dibujaba.")

A diferencia de muchos pintores Ángel Quispe no es un artista atormentado:

"Pinto por gratitud, soy un hombre feliz. El arte es para mí un alimento espiritual. Cada vez que me levanto veo mi pintura y me tranquilizo. Los artistas, por lo general, son solitarios, viven aislados como los hongos. Yo soy, en cambio, muy sociable".

Ángel Quispe quisiera ser recordado como un maestro y ambiciona dedicarse a dictar charlas de motivación y técnicas de estudio a los jóvenes. A enseñar a convivir civilizadamente, a formar buenas personas. Cuando se jubile, sin embargo, planea volver a Cajamarca donde se dedicará a pintar sus paisajes como cuando empezó a sentir la vocación por la pintura que nunca lo ha abandonado.